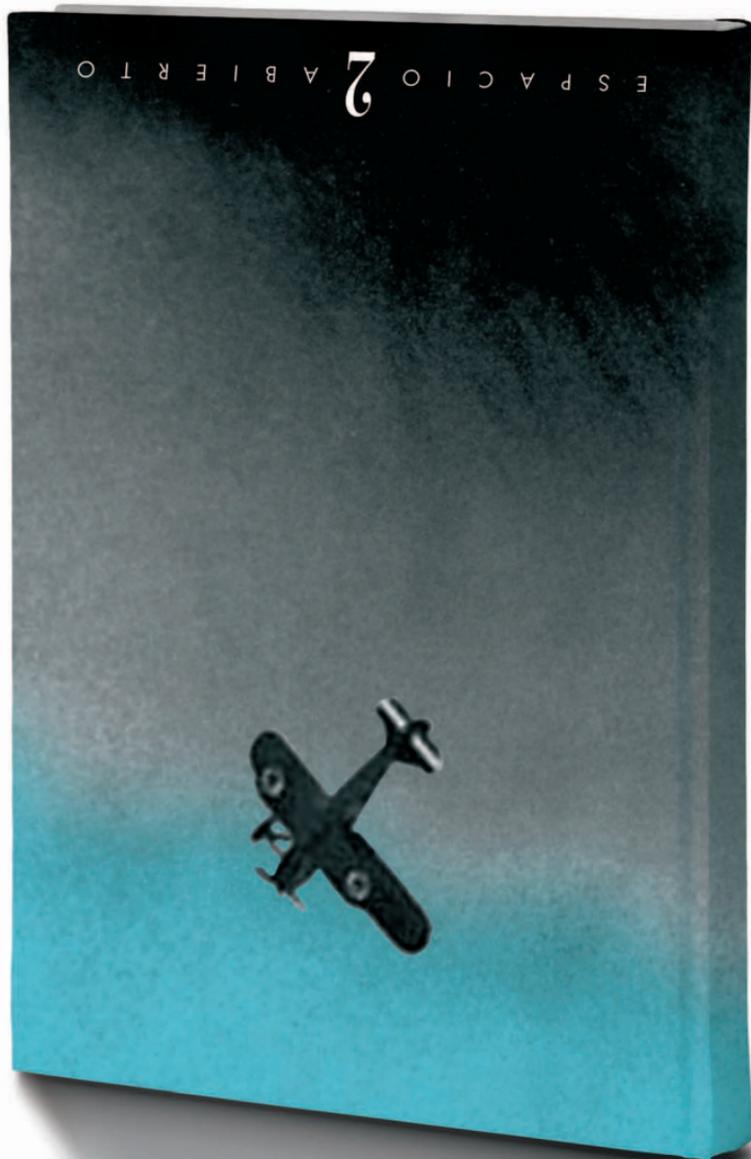


Fernando Marías

Cielo abajo

II Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil



ANAYA

*Bombardear o no bombardear...
¡He aquí la cuestión!*

Un avión cargado de bombas se aproxima al Palacio Real de Madrid. Lo pilota uno de los mejores aviadores del mundo, y su objetivo es matar al rey de España.

El piloto, al soltar su carga mortal, gritará simbólicamente: «¡Muera la monarquía! ¡Viva la república española!», aunque sepa que nadie lo oirá, aparte de su fiel copiloto.

El avión pica el morro al divisar el objetivo. La mano junto al disparador se inquieta, restriega por instinto la palma contra la tela de la pernera. Diez segundos, nueve... Blanco fijado... Ocho, siete, seis... Sin el rey, todo será más fácil... Cinco, cuatro...

Y entonces, allá abajo, surge lo inesperado. El piloto maldice, mira de nuevo para asegurarse, consulta en silencio con su compañero, estupefacto como él. Duda durante unas pocas décimas de segundo, lo suficiente para que el avión sobrepase el objetivo. A unos centenares de metros vira para intentarlo de nuevo, pero tiene ya la certeza de que no podrá disparar. El piloto ha desperdiciado una oportunidad única de cambiar la historia de España, y lo sabe. Sin embargo, también sabe que volvería a actuar igual una y mil veces.

En el cielo del invierno madrileño, el avión regresa a la base. Es el quince de diciembre de 1930. Pocas horas más tarde

fracasará estrepitosamente la conspiración republicana contra Alfonso XIII, cuyo reinado, no obstante, tiene ya sus días contados. Cuatro meses después, en abril de 1931, los resultados de las elecciones democráticas obligarán al rey a abdicar, y partirá hacia el exilio. Nacerá la Segunda República española; casi en el acto, sus enemigos comenzarán a maquinan contra ella, y no cejarán hasta desencadenar la Guerra Civil.

Pero volvamos al mítico aviador.

¿Por qué renunció al bombardeo? ¿Qué divisó en el patio del Palacio Real?

Ricardo GARCÍA FONS,
*Historia de la aviación militar
europea de entreguerras.*

El mar de los sueños

Los sueños son de agua. Flotas en ellos pero no los puedes agarrar. Aunque al principio, como tantos otros, yo pensara que sí.

Tuve que dejar de escribir hace ya tiempo, en la primavera de 2003. Abandoné por indefensión, por miedo. Dejé de escribir por quiebra moral, y también económica. ¿Por qué restar importancia a este factor si, al fin y al cabo, es el esencial? Fui incapaz de resistir; perdí la guerra contra el mundo. Dos novelas y un libro de relatos, los tres condenados a cadena perpetua en un cajón. Manuscritos que nadie ha querido leer. Libros muertos en cuya calidad solo creo, o creía, yo. Libros de agua. Es curioso que así, precisamente, comenzara la que iba a ser mi tercera novela...

«Los sueños son de agua. Flotas en ellos, pero...».

El día de mi rendición era martes. El viernes anterior, un editor al que osadamente había hecho llegar mi «obra completa» me dejó un mensaje en el contestador: «He leído su libro de relatos; me gustaría que charláramos». Le telefoneé el lunes a primera hora, me dijeron que estaba reunido, que me devolvería la llamada. Y lo

hizo al día siguiente, el martes en que me rendí, a media mañana. En las horas previas, y a lo largo de todo el fin de semana, que había pasado escuchando una y otra vez su mensaje, elucubré infinitas fantasías; la cabeza, ingobernable, se me escapaba hacia cielos altísimos de reconocimiento y gloria, y me esforzaba por traerla otra vez hacia abajo, de regreso a la tierra. Cuando por fin llamó el editor, lo escuché con la garganta seca y el corazón bombeando: pum-pum, pum-pum, pum-pum. Él habló y habló, encantador y riguroso en el comentario de cada cuento. Y yo callé; callaba y asentía, con una risita cómplice, innecesariamente aduladora, de la que me arrepentí en el acto. Me visualicé agarrándolo por las solapas: «Déjate de monsergas. ¿Me publicas, sí o no?».

La respuesta fue no.

Casi sin darme cuenta, el teléfono estaba otra vez colgado. «Adiós, encantado... Adiós», habíamos dicho, no sé en qué orden. ¿Qué había pasado? «En algunos de los cuentos se intuye a un posible futuro buen escritor. No deje de seguir mandándonos cosas. Las novelas, en cambio, no. Las novelas no nos han interesado tanto». Posible... Futuro... Tiempo sin fondo, sima sin fin. Y encima, solo se «me intuía» como buen escritor... Pum-pum... Entonces, sin un suspiro de advertencia, se apagó el flexo. Ese día vencía el aviso de corte del fluido eléctrico. Es lo malo de ir tirando así, con todo tu mínimo patrimonio a rastras, sin cuenta en el banco ni reserva en el calcetín. Que te corten la luz es llevadero, lo sé por experiencia; pagas con recargo al día siguiente, o cuando puedes, y enseguida te reactivan el servicio. Esta vez, sin embargo, tenía el dinero, el importe exacto en billetes y monedas en un sobre a mi lado. Pude haber bajado al banco de la esquina para hacer el ingreso, pero no había querido apartarme del teléfono.

La llamada era lo más importante, lo único que contaba; además, era un juego conmigo mismo: éxito o fracaso a cara o cruz, lanzando al aire una imaginaria moneda. Cara: la respuesta del editor sería «sí» y aún tendría tiempo de pagar la factura. Cruz: ni libro ni luz; así, en verso. Y ahí me encontré: cruz, ni libro ni luz. En verso.

Corrí con el sobre en la mano escaleras abajo; algunas monedas se deslizaron fuera; rebotaron ruidosamente contra la madera de los escalones y cayeron por el hueco hasta el portal. El hombre de la compañía de la luz había desaparecido en el exterior, entre los viandantes. Me vi en la calle, y no figuradamente: al salir con tanta prisa, había cerrado la puerta sin coger las llaves. No era grave; al vivir solo tengo la cautela de guardar copias en casa de un amigo, y fui a buscarlas.

Durante el trayecto en metro, rememoré la conversación con el editor; y la angustia, entonces sí, me arañó las tripas. De pie, frente a la puerta del vagón, mirándome en el cristal mugriento, a merced de los reflejos de la velocidad en el túnel, tuve miedo por el futuro; miedo al futuro mismo. Conciencia del agua, una invicta sensación de derrota. Los soldados no mueren en las guerras, como se dice alegremente; eso no es exacto. Cada soldado muere en un instante concretísimo de una batalla también concretísima; tal vez en una escaramuza mínima, despreciada por la Historia pero fundamental para ese muerto, porque ese momento será el de su propia muerte. Y única: nunca tendrá otra. Los barcos no naufragan anónimamente en el océano; cada barco se hunde en una precisa ubicación de latitud y longitud, en esa y no en otra. En un instante preciso y en ningún otro. Pues bien, yo tampoco fracasaba en la vida de manera imprecisa. Me hundí en el desaliento ahí, en ese momento, un soleado día de mayo, bajo tierra, entre las estaciones de Gran Vía y Tribunal.

Y a nadie le importaba, nadie iba a darme ánimos para que me sobrepusiera y volviera a intentarlo. No obstante, a un tiempo, miles de voces desconocidas, con su silencio legítimamente indiferente, me recordaban que nunca lograría ser escritor. Las oía, calladas y recias, insoslayables. Los sueños son de agua, pero el fracaso tiene puerta. La abres, la cruzas, la cierras a tu espalda. Y das el siguiente paso, titubeante, abrumado, incrédulo. Asustado y solo.

Sentí miedo. No por mi carrera literaria, que moría sin haber empezado, sino por la simple y terrible incertidumbre. Mientras me movió el afán de triunfo, toda necesidad quedaba relegada a un segundo plano. La miseria, me decía, llevaría aparejada antes o después el éxito, y en consecuencia carecían de importancia sus incomodidades y aflicciones. No me importaba ir tirando con trabajillos, picar de aquí y de allá, carecer de estabilidad... En algún momento las cosas adquirirían su sentido... Y de pronto, ese martes, todo se derrumbó; o más precisamente, fui consciente de que mi entorno, y mi vida entera, era un paraje en ruinas desde tiempo atrás, sin que yo hubiera sabido verlo.

Suerte de Enrique. Mi amigo de la infancia, el mismo que custodiaba la llave de seguridad que me disponía a recoger, también había alimentado, mucho tiempo atrás, vagas ensoñaciones de dedicarse algún día a cumplir los sueños de juventud, que en su caso consistían en hacer películas; pero, más inteligente o más afortunado que yo, había empezado la casa por los cimientos, trabajando en la empresa de decoración y reformas de casas antiguas que pertenecía a su padre. Se ganaba bien la vida, y, algún día, decía, estaría en disposición de entrar en el mundo del cine como debe hacerse, cheque en mano y sin depender de nadie. Enrique me vio tan agobiado aquel día que me convenció

para que aceptara un empleo temporal en su empresa: tenía que acondicionar, para su posterior pintado, las paredes de un piso que se disponía a reformar. Por mi deprimido estado de ánimo, no me veía con fuerzas para sumarme a un equipo de ruidosos albañiles y fontaneros, pero mi amigo es sensible y cuidadoso con los detalles; si me lo había propuesto, era precisamente porque su cuadrilla estaba ocupada en otro lugar, y yo debería realizar mi trabajo a solas. Creo que esa circunstancia concreta fue la que me decidió a aceptar: un poco de dinero y un poco de soledad, lejos de todo. O a salvo de todo.

La casa se hallaba al comienzo de la calle Méndez Álvaro, junto a la glorieta de Atocha. Era un inmueble antiguo, de solo cuatro alturas, que acababa de quedar desocupado tras la marcha del último inquilino, el de la buhardilla. El dueño había esperado pacientemente, sin alquilar ninguna de las demás viviendas, y ahora por fin podía convertir los grandes pisos vacíos en modernos y rentables apartamentos.

Me vi ante la casa una fría mañana de noviembre, a las ocho. Por la plaza circulaba el tráfico habitual, y había mucho tránsito de peatones. Entré al portal con cautela, sintiéndome un intruso; como si lo que me disponía a hacer, arrancar el viejo papel pintado de las paredes, constituyera la violación de algún derecho sagrado. Al cerrar tras de mí la puerta, tuve la sensación de que el silencio se espesaba, adquiría corporeidad y empezaba a acecharme. A pesar de ello, subí los cuatro pisos. En el suelo del descansillo del último, ante la puerta de la única vivienda, la buhardilla, me aguardaban las herramientas: dos cubos, encajados uno en el otro, paletas y espátulas de diferentes tamaños y funciones, líquidos cuya utilidad desconocía... Se me antojaban dueños de mí y de mi futuro, amos inmisericor-

des de insaciable crueldad. Ni me acerqué a ellos. Saqué el llavero que me había dado mi amigo y utilicé una de las dos llaves para acceder a la casa.

Se componía de una sola habitación espaciosa, aparte del baño y la cocina, ambos reducidos pero bien equipados. Las paredes de la sala estaban forradas de papel pintado viejo, desgastado y feo, de un color que alguna vez fue azul. El primer paso de mi trabajo era arrancarlo. Una parte del techo se inclinaba, abuhardillado, albergando dos ventanas oblicuas y amplias que permitían una privilegiada vista de la glorieta y del museo Reina Sofía. Apenas había muebles: una mesa y una sola silla, una butaca con antiguas quemaduras de cigarrillo, una cómoda de madera vieja, con indicios de carcinoma, libros y papeles diseminados por la única estantería, un televisor y un vídeo tan anticuados que nadie se los había llevado... Contra la pared del fondo había una cama individual, perfectamente hecha. ¿Quién la habría estirado? Me inquietó que hubiera podido ser el mismo inquilino, antes de partir. Ese detalle resumiría expresivamente una vida de rigurosa soledad: una persona vive sola, tal vez feliz o tal vez no, pero sin nadie a su lado; un día como otro cualquiera se levanta, se ducha, hace la cama y sale a la calle para no volver. Más tarde, una cuadrilla de trabajadores eliminará a conciencia sus vestigios. Y otro día, esa casa que fue suya, ya inmaculadamente restaurada, la comprará o alquilará alguien que cruzará el umbral satisfecho, imaginando dónde colocará los cuadros o enchufará la *tele* de plasma, pensando sobre cómo será su futuro allí. Yo era el primero de los intrusos. Sentí que era un profanador.

Me sobresaltó el móvil. Eché instintivamente mano al bolsillo, pero casi en el acto caí en la cuenta de que no era la melodía de aviso que llevo programada. Otro teléfono sonaba en la casa.

Provenía de la cómoda. Me acerqué y fui abriendo los cajones. Hallé el teléfono en el segundo, sobre alguna ropa de casa, sábanas o toallas, y junto a una vieja carpeta de cartón. Resultaba obsceno tener a mano el móvil de un desconocido. Por un instante, tuve la tentación de contestar, pero la deseché de inmediato. Desee que saltara el buzón de voz, pero a la vez era incapaz de apartarme y empezar mi tarea. Abrí la carpeta. Contenía unos papeles y dos fotocopias de un carné de identidad de un tal Joaquín Dechén. Enrique había pronunciado en algún momento ese nombre; era el del inquilino saliente. Dechén me miraba desde ambas copias, en la típica actitud entre recelosa y estupefacta con la que todos posamos para las fotos de carnés y pasaportes. El buzón de voz saltó por fin, pero no dejaron mensaje. Lo preferí; de lo contrario, me habría tentado la curiosidad de escucharlo.

Tomé una espátula y humedecí un trapo en el grifo de la cocina. Me acerqué a la pared abuhardillada. La mojé y empecé a rascar. Bajo la capa de papel azul había otra con estrellitas grises. Ambos papeles, unidos, formaban una frontera temporal. Los rascaba juntos, como si fueran uno, pero entre la colocación del primero y el segundo podían haber transcurrido cinco o seis lustros. Jugué a calcular: el inquilino, dando por supuesto que hubiera sido el mismo todos esos años, habría puesto el azul en mil novecientos setenta y cinco, pongamos por caso; y el de las estrellitas en mil novecientos cincuenta y dos, si para entonces ya existía el papel pintado. El primero lo puso siendo un hombre de veintitantos años, y el segundo metido ya en la cincuenta. Yo mojaba y rascaba. Cada golpe de espátula destruía un poco más la frontera temporal, la convertía en despojos condenados al contenedor de basura; transformaba las vibraciones de una vida entera, la del in-

quilino ausente, en jirones de papel polvoriento, roto a mis pies. Debajo surgía la pared original de yeso, irregular y surcada por los arañazos del tiempo. Algunos de ellos parecían constituir palabras burdamente escritas. Y lo eran. Me aproximé y vi que no sería difícil descifrarlas. Entonces me sobresaltó otro timbrazo, largo y estridente. Este provenía del portero automático. Fui a contestar.

—¿Sí? —pregunté.

—Mensajero —respondió una voz envuelta en ruido de calle—. ¿Vive ahí Joaquín Dechén?

Para ser riguroso, debería haber dicho que la respuesta era sí y no; sí, porque esa había sido la dirección de Dechén y su hogar; y no, porque ya no lo era.

—Aquí es —opté por abreviar.

Y se oyó, a modo de asentimiento, un gruñido lejano, como si el mensajero se hubiera lanzado escaleras arriba, a grandes zancadas, sin esperar mi respuesta. Llegó al poco, respirando profundamente para recuperar fuelle. Algo en su aspecto me hizo solidarizarme con él. Creo que fue su edad; parecía mayor de lo que se supone debe ser un mensajero, pasaba de los treinta... Imaginé que era un universitario con título superior que no había encontrado trabajo, o un parado reciclado laboralmente de esta manera. Se abatió sobre mí una repentina oleada de cansancio. Allí estábamos los dos, siendo lo que no queríamos ser.

—¡Vaya escaleritas...! —se quejó a modo de saludo. Podía ser una frase adoptada para estimular la generosidad de las propinas.

—Vamos a poner ascensor —expliqué. Era cierto, estaba en los planes inmediatos del propietario, pero el mensajero me miró de arriba abajo con una sonrisita escéptica, como recelando de que yo, con mi trapo mojado y mi espátula, fuera capaz de acometer esa obra. Me

alargó un paquete rectangular, dentro de un sobre de plástico.

—Para el señor Joaquín Dechén.

Dudé. ¿Debía cogerlo?

—Tranquilo, portes pagados —añadió él, malinterpretándome—. Firma aquí.

Hice un garabato, y el mensajero salió zumbando escaleras abajo. Permanecí unos instantes en el rellano, contemplando el paquete. «Otra tentación para mi curiosidad congénita», pensé mientras entraba a la casa. Primero había sido el móvil; una prueba que, al haber sido capaz de no contestar, podía considerar superada. Pero este paquete así, tan a mano, literalmente a mano, sin testigos... Rasgué con la espátula el sobre de plástico, convencido de que no implicaba violación de intimidad alguna. En el interior había otro sobre de papel blanco, normal, y el albarán de una imprenta, en el que se tomaba nota del encargo del señor Dechén, un trabajo de encuadernación en plástico imitación piel. Sin duda, se refería al contenido del sobre blanco, un libro. Pero el sobre estaba cerrado, sin identificación alguna: ni un nombre, ni un remite, ni una dirección, ni siquiera el logotipo y la dirección de la imprenta. Un sobre anónimo, que yo podía rasgar y más tarde reponer por otro igualmente anónimo... Lo rompí y saqué el libro. Las tapas de plástico verde contenían un puñado de folios escritos a mano con letra pulcra y bien legible, que imaginé obra del tal Dechén. Llegado a este punto, me recía leer las primeras líneas, solo las primeras. Cinco, me impuse, cinco líneas no traspasaban aún la frontera del figoneo. Y para sellar el compromiso, dije en voz alta y grave:

—Solo cinco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí en tono no menos solemne.

Y con todo perfectamente claro y en orden, abrí el libro y leí:

Constanza..., Constanza..., Constanza...

En voz baja repito tu nombre y luego, por fin, me decido a escribirlo. Creo que es la mejor manera de empezar. Tu nombre, tú. Cada poco, cuando me asalte la duda, miraré las letras que lo componen para darme valor.

Poco me importa que estés muerta. ¿Acaso no lo estaré pronto también yo?

Fin de las cinco líneas. Cerré las tapas, arrepentido de no haberme concedido diez. Pero la palabra dada es la palabra dada.

Volví a mi tarea bajo la ventana, dispuesto a rascar y rumiando que más tarde debería buscar una razón que me permitiera leer otro poco. Recordé entonces las palabras raspadas en la pared. Si no me hubiera aproximado para leerlas, nada de lo que ocurrió a continuación habría pasado. Pero me acerqué y las leí.

Un nombre y una fecha, trazadas en dos líneas:

Constanza

7/11/36

No creo en las casualidades, tengo la seguridad de que todo sucede por algo... Y si a esos enigmas casi siempre indescifrables que, por ignorancia y miedo, llamamos casualidades, sumaba mi fascinación personal por las fechas... 7/11/36. Siete de noviembre de mil novecientos treinta y seis... Casi setenta años atrás, una mano había trazado en esa pared el mismo nombre de mujer que abría el libro verde. Me fijé bien, vi que antes del siete había un seis de trazo más tímido, tachado a rasponazos, como si el autor se lo hubiese pensado me-

jor. ¿Quién, y en qué circunstancias, y con qué sentimiento, se había agachado para escribirlo como yo ahora para leerlo? Esa mano había escrito en el yeso de la pared un siete de noviembre... Y el día que yo lo había descubierto, el día en que me hallaba ante las dos líneas, preguntándome quién pudo haberlas escrito sesenta y ocho años atrás, ese día era seis de noviembre. En cuestión de horas, el círculo de tiempo se cerraría. O se había cerrado ya, si atendía a la primera fecha que la mano intentó inmortalizar, seis de noviembre de 1936... Estaba, de una forma u otra, cerca del epicentro del aniversario de ese hecho, nimio para mí y tal vez trascendental en la vida de quien lo escribió.

¿Resistiría la tentación de leer más?